

El sendero de la niebla

Bernard Durán

grado cero [a] narrativa

El sendero de la niebla




Bernard Durán

grádo cero [ã] narrativa

© Bernard Durán, 2007
© Grand Guignol, s. L., 2007

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz
Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 grand guignol ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: grandguignol@telefonica.net
www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:
ISBN-13: 978-84-935090-2-6
Impreso en España

*Nuevamente a mis padres Bernardo y Mercedes.
Quienes se merecerían no dos dedicatorias sino dos mil.
Y a la memoria de Lucas.*

EL SENDERO DE LA NIEBLA



PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Agosto 1970

Soplaba un viento lúgubre y oscuro, era un viento náufrago que parecía buscar desesperado el refugio de una costa, aunque esta fuese hostil, de paredes agrestes y desgarradas. Un viento finalmente suicida que se estrellaba zumbón contra las rocas de negro y musgo de los acantilados. Aquel aliento de plomo y salitre reflejaba las tonalidades de un cielo alestargado y triste. Se diría que aquella tarde de estío el Cantábrico lloraba la muerte de Beatriz con lágrimas finas e incontrolables e invocaba a su hijo con el ulular creciente que formaban las ráfagas de esa brisa brava al marcar su camino por los recovecos de las piedras milenarias.

Segismundo se caló el sombrero para protegerse de la lluvia. Era un sombrero viejo, sucio y grisáceo que hacía juego con el entorno y con el color inconformista de su mirada. Segismundo Varela tenía cara de perdedor inteligente. La nariz recta, el mentón recio y abrigado por una barba joven de tres días. Se mantenía con la espalda muy recta, como una estatua ecuestre a la que hubiesen descabalgado, el puño cerrado sobre la cadera, la otra mano no sostenía ninguna rienda pero agarraba con igual furor un cigarrillo rubio. Se hallaba situado al borde de los acantilados y tenía la vista clavada en el horizonte, vestía un traje oscuro con una corbata granate que le aleteaba en la pechera al son de la brisa norteña. Apuró su cigarrillo y lo lanzó al vacío. La colilla descendió a trompicones saltando sobre las rocas y bailoteando a la batuta de Eolo, hasta que cayó a los pies de una bicicleta deslavazada que la marea baja había puesto en evidencia. Allí, unos agentes de la Guardia Civil sacaban fotografías y hacían mediciones.

La vista acuosa y gris del detective privado no se fijaba en los trabajos que allí abajo realizaban aquellos hombrecillos de verde sino que seguía anclada y perdida en la neblinosa y fantasmal línea del horizonte, como si quisiese atisbar las playas de las Islas Británicas que, sospechaba, debían esconderse más al norte. Aquella mirada sin vida ocultaba, sin embargo, una bulliciosa actividad de su cerebro. Él había sido contratado por don Cosme Díaz-Williams, un prometedor y joven empresario, para que averiguase el paradero de su hijo Ramiro, desaparecido a raíz del suicidio de su esposa Beatriz. Ahora acababan de descubrir la bicicleta del hijo de Cosme y Beatriz a los pies del acantilado y los agentes hablaban ya de un doble suicidio, aunque el cuerpo del niño seguía sin aparecer. Pero a pesar de llevar solo veinticuatro horas en el caso Varela no se tragaba lo del doble suicidio. Para él, en todo aquello había algo más oscuro que las nubes de ese horizonte del que no apartaba la vista. Olía demasiado a asesinato y su nariz, recta y grande, nunca le fallaba a la hora de distinguir ese tipo de olores, pero una serie de preguntas le inquietaban. ¿Querría su cliente descubrir la verdad? ¿Querría escuchar su teoría y sus deducciones? ¿Querría descubrir al asesino o prefería acomodarse a la verdad oficial? Porque, pensó, si se trataba de lo segundo había contratado a la persona equivocada.

Julio 2004

En ese edificio de la vida, que, en general, intentamos construir sobre los cimientos de una tradición y cultura familiar cercana y una escala de valores establecida con gruesos bloques de sólidas certidumbres y sonrientes expectativas, aparecen, en ocasiones, grietas ajenas por las que se cuelan sensaciones difícilmente explicables.

Nada más traspasar la enorme verja de la entrada y adentrarse en la amplia vereda que conducía a la casa, David sintió un leve escalofrío. A él, como le ocurría por otra parte a casi todo el mundo, le asaltaba, en raras ocasiones, la impresión de haber estado ya en un sitio desconoci-

do o haber vivido antes una situación similar. Sin embargo, ese sentimiento impreciso, indeterminado y fugaz nunca había sido tan fuerte como aquel día, de un incipiente verano, en que llegó por primera vez a la *Vieja Indiana*.

La *Vieja Indiana*, como no disimulaba su nombre, era un palacete de principios del siglo pasado, enfundado en ese estilo entre pretencioso y colonial que caracterizaba a las construcciones de los *indianos*, aquellos aventureros de finales del XIX y principios del XX que se embarcaban rumbo a las Indias Occidentales en busca de una fortuna que la elitista Europa no estaba en disposición de darles. Los alumnos más aventajados de aquella emigración trasatlántica regresaban deseosos de ofrecer a sus antiguos vecinos signos ostensibles de su nueva condición económica. La *Vieja Indiana* se diferenciaba, sin embargo, de la mayor parte de aquellas decadentes casonas que jalonan la costa del Cantábrico Occidental, por su imponente tamaño.

David conducía calmosamente su pequeño Ibiza entre los afilados cipreses que flanqueaban el camino hasta la entrada, sobrecogido por aquella extraña sensación de familiaridad absurda y por la ostentosa fachada del palacio cuya silueta surgía arrogante entre los árboles. Al final del sendero, una rotonda con su fuente versallesca conducía al automóvil al pie de unas escaleras de piedra. Eran escalones anchos que invitaban, a su vez, a un portalón blanco, cargado de aldabas y tiradores de bronce, que sobresalía sobre los soportales de granito situados simétricamente a ambos lados. En el primer piso los balcones se alternaban con las galerías y el tejado de pizarra estaba coronado por tres almenas desiguales. Más grande y achatada la del centro, más pequeñas y redondeadas las laterales.

Una persona uniformada que se presentó como un guardia de seguridad, se brindó a aparcarle el utilitario y un tipo enjuto y muy entrado en años, con un uniforme más formal, se ofreció a presentarle al dueño de la casa. Se presentó como Wenceslao, el mayordomo de don Cosme Díaz-Williams y Mon. Wenceslao debía de estar peleando con la incómoda frontera de los setenta, era delgado y cetrino, tenía la mirada turbia y la nariz de garfio, David le vio unos dientes amarillos en una risa forzada que concluía en un mentón de media luna, pero también se

percató que era un hombre ágil para su edad por las zancadas con las que marcaba el paso camino de la biblioteca.

El amplio recibidor con su araña de cristal, el pasillo forrado con cuadros impresionistas y finalmente la ampulosa biblioteca, con sus paredes ocultas por estanterías de nogal y éstas, a su vez, repletas de libros de cubiertas nobles que asfixiaban a una aletargada chimenea, le devolvió, por un instante, ese extraño efecto *déjà vu* que amenazaba con volverse incómodo. De hecho, era la primera vez en su vida que le sacudía aquel inexplicable sentimiento dos veces tan seguidas. Era especialmente extraño porque David se tenía por persona muy racionalista, a la par que ateo. Nunca había dado credibilidad a historias paranormales y nunca le había sucedido nada fuera de lo común, más allá de haber tenido en su infancia algunas extrañas y en ocasiones repetitivas pesadillas en las que sentía falta de aire y que le hacían despertarse abruptamente bañado en sudor y jadeando con dificultad, pero con la adolescencia aquellos sueños en los que se asfixiaba se fueron convirtiendo en un recuerdo más de una difícil infancia y, por otra parte, conocía a personas que con mucha más frecuencia que él tenían sueños curiosos. Algunos caían por un barranco, a otros los perseguían perros o maleantes y los más optimistas se limitaban a volar o flotar en el aire.

—Puede sentarse aquí un momento —le dijo el mayordomo tocando una de las butacas estampadas que enfrentaba la chimenea— voy a avisar a don Cosme.

—Esperaré de pie, no se preocupe, gracias.

David Morán Vergara, filólogo y escritor, vestía un polo y una americana de lino a juego con unos pantalones de color claro y unos náuticos marrones, contaba unos treinta y dos años, aunque unas prematuras canas, unas pecas densas y mal repartidas por mejillas y cuello y una cierta propensión melancólica le ponían unos cuantos más. No obstante era un tipo alto, de nariz recta, una mirada verdosa e inteligente que atravesaba unas gafas de montura simple, un mentón cuadrado al estilo de héroe americano de cómic y una sonrisa cariñosa que infundía tranquilidad y confianza. Su madre había muerto en un accidente de coche siendo el aún niño y su padre se había casado y casi fugado con una de las mejores amigas de su madre pero con la que él nunca tuvo buena re-

lación, por lo que aquella tragedia le hizo más tímido y retraído; de hecho, desde entonces su vida social siempre se vio limitada a un círculo muy estrecho de amistades. Esa timidez y una evidente falta de ambición y coraje provocaron, posiblemente, que sus indudables dotes literarias fuesen minusvaloradas por los editores, con lo cual tuvo que ganarse la vida escribiendo biografías de encargo. La última, sobre una conocida folclórica, había cosechado muy buenas críticas, ya que había huido de tópicos y escándalos y trasladado al lector la faceta más humana y tierna del personaje. Pensaba que sería precisamente gracias a ese libro que el viejo tiburón le había encargado la suya.

—¡Ah!, ¡señor Morán! Siento haberle hecho esperar, pero siéntese, siéntese por favor —dijo el anfitrión nada más entrar en la biblioteca, volviendo a señalar la butaca que ya había apuntado Wenceslao. Esta vez David aceptó la invitación mientras Cosme se sentaba en la butaca de la izquierda, distanciados tan sólo por un pequeño sofá con el mismo tapiz floreado que las butacas y una mesa baja de cristal.

Cosme Díaz-Williams, apodado por algunos como el *gran Cosme* o el *tiburón blanco*, poseía con discreción una de las mayores fortunas de España. Banquero y empresario ocupó en su juventud muchas portadas de diarios económicos por su forma agresiva de manejar las finanzas, el tiempo y una, en su día tristemente celebre, tragedia familiar habían ido domesticando al indómito tiburón financiero. Cosme era de estatura media, de unos sesenta y siete años muy trabajados, sobrevestía con una elegancia enfermiza, en esa ocasión una camisa blanca de hilo, un pañuelo al cuello y un blazer azul marino que no parecía muy apropiado para las suaves temperaturas de aquel julio tempranero. Cosme tenía modales un tanto anticuados y reputación de erudito. Su tez era muy blanca, su escarchada piel estaba salpicada por finas pecas, la nariz un tanto curvilínea, el mentón grande, los ojos, ligeramente hundidos, de un azul verdoso, los pómulos salientes, la frente amplia y una melena lactosa que en tiempos se adivinaba amarilla.

—¿Quiere tomar algo? Bueno, perdóname, déjame tutearte si no te importa, ¿quieres tomar algo?

—No gracias, te lo agradezco.

—Me imagino que estarás cansado del viaje, confío que el mapa que

te envié te haya sido de utilidad, la carretera de Madrid a Ribadeo está muy bien ahora, antiguamente no te quiero ni contar lo que era eso... yo si no te importa voy a tomar un té —se interrumpió abruptamente haciendo sonar una campanita—. ¿Seguro que no quieres nada?

—Ya que insiste, ya que insistes quiero decir, te acompañaré con otro —dijo David sintiéndose aún incomodo con el tuteo.

Pidió el té y retomó la conversación.

—Te hablaba de... ¡Ah! sí, la carretera. Debes estar cansado del viaje me imagino. Bueno después de tomar el té si quieres te puedes acostar un rato. ¿Qué hora es ahora? Sí, las cinco —se contestó mirando de refilón un reloj de oro—. Sí, bueno, como quieras, ahora los días son largos, estás en tu casa así que siéntete con libertad plena para hacer lo que te venga en gana.

—Gracias... sí, quizás me acueste un rato, como es sábado encontré bastante tráfico a la salida de Madrid. Estuve parado en la A-6 casi una hora.

—Vale, pues luego ya entraremos en detalles, pero te puedo adelantar lo que ya te dije por teléfono, que me ha gustado mucho tu estilo y que te puedes quedar aquí hasta que tengas toda la información necesaria para el libro. Mi hija Isabel me dijo que se reunió tres o cuatro veces contigo antes de cerrar el trato y a ella también le causaste muy buena impresión. En cuanto al método de trabajo, si te parece bien, podemos dedicar las mañanas a hablar sobre el contenido y las tardes me las dejas libres porque aunque ahora estoy ya medio retirado, son mis dos hijos los que llevan los negocios —aclaró—, de mi hijo mayor, Ramón, no creas que me fío mucho, además andará esta temporada gastando dinero con su panda de amiguetes por Puerto Banús e Isabel, la lista del grupo y a quien ya conoces, está también ahora de vacaciones, de hecho anda por aquí con su novio estos días, así que sigo parcialmente al pie del cañón en una oficina que tengo montada en el primer piso. La casa es grande, pero ya te la enseñare un día con calma—. David se dio cuenta que Cosme tenía un discurso un tanto caótico e hiperactivo, por lo que había leído de él, sabía que era una persona enérgica que pretendía abarcarlo todo, desde el precio del café en la bolsa de Bogotá hasta la poesía de Yeats.

—Bueno, lo de mi hijo no lo pongas en el libro, ¡eh! —añadió sonriendo.

—No, no se preocupe... no te preocupes, quiero decir, todo lo que escriba será corregido por ti, este es un trabajo conjunto, aunque yo ponga la prosa y el nombre como autor el resultado será un trabajo conjunto.

—¡Ah! Ya esta aquí el té, sí, Wence déjalo ahí sobre la mesa, sírvete tú mismo el azúcar si quieres, yo es que lo tomo solo. Pues sí, me parece bien lo que dices.

—Lo que no entiendo don Cosme, bueno quiero decir Cosme, es por qué una persona cosmopolita como tú, educada en Eton y Cambridge, con estudios de postgrado por Harvard, posiblemente uno de los empresarios españoles más cultos e instruidos de nuestra época, encarga a otra persona su biografía. En tu impresionante currículum no hay ni una sola publicación más allá de los trabajos académicos que tuviste que hacer en su día. Eso me ha llamado mucho la atención.

Cosme miró fijamente a su huésped durante algunos segundos antes de responder pausadamente, abandonando su atropellado y caótico discurso.

—En cuanto leí tus biografías previas supe que eras una persona inteligente. Creo recordar que fue el Duque de Levis el que dijo: «juzga el talento de un hombre por sus preguntas, no por sus respuestas»—. Sorbió un poco de té y devolvió la porcelana de Herend a la mesa antes de continuar—. No sé si sabes que Borges se pasó toda la vida leyendo y estudiando a Spinoza, en la biblioteca de su casa se agolpaban tratados sobre el filósofo holandés escritos en varias lenguas cristianas. Especialmente, los últimos veinte años de su vida consumió con fruición todos esos libros, intentó comprender y asimilar, como pocos lo habían hecho antes, las enseñanzas de aquel hijo de judíos sefarditas y sin embargo nunca fue capaz de escribir nada sobre él, más allá de dos aislados sonetos. ¿Sabes por qué?

—No tengo ni idea —admitió David.

—Porque le dio miedo trasladar a un papel todo lo que sabía y sentía sobre el filósofo. ¿Cómo expresarlo? ¿Cómo trasladar al lector sentimientos y pensamientos tan complejos? «Descubrí que no podía expli-

car a otros lo que yo mismo no puedo explicarme», admitiría. Parece una paradoja ¿verdad? Sin duda uno de los más grandes maestros de la lengua castellana de todos los tiempos, alguien que había dominado como nadie poesía, ensayo, incluso ficción, que podía hablar de personas tan diversas como San Agustín, Nietzsche, Galland o Quevedo con una familiaridad pasmosa y sin embargo se veía impotente para trasladar al lector el universo de Spinoza, que, al fin y al cabo, era con diferencia el que mejor conocía.

—¿Y tú piensas que te sucede algo parecido a la hora de enfrentarte con un papel en blanco? —preguntó David apurando el té.

—Algo así. Miedo a reflejar esa realidad perdida. Prefiero usar un buen traductor. Alguien que pueda ir dando forma coherente a mi discurso, porque a diferencia de Borges, mi forma de escribir es un desastre absoluto. Yo soy consciente de mis limitaciones, por eso nunca he escrito ni publicado nada, mis discursos me los escriben, soy incapaz de hilar dos frases coherentes seguidas, mi cabeza va en ocasiones a tal velocidad que salta todo el tiempo de un asunto a otro. Me acuerdo que hace años me pidió un diario económico un artículo sobre la conveniencia de flexibilizar el mercado laboral español. ¿Y sabes qué?

—No.

—Acabé hablando de la Guerra de Secesión americana y contando por qué al norte le convenía económicamente la abolición de la esclavitud.

—Bueno, es un tema interesante —apuntó David con una sonrisa.

—Sí, muy interesante... ¿Pero entiendes lo que quiero decir? Escribir bien no es tan sencillo. Un escritor es como un pintor. Ambos utilizan instrumentos diferentes para describir una realidad pasada o inexistente. Está claro que ni el pintor más realista, ni el escritor más afinado pueden reflejar la realidad exactamente como es —dijo el *exactamente* arrastrando las letras y añadió: —pero cuando he querido que me pintasen un retrato, como ese que tienes sobre la chimenea —dijo señalando a un cuadro en el que se veía posando en un traje gris, visiblemente más joven y delgado— he buscado a un buen pintor, a alguien que haya captado la esencia del momento y que haya sabido hacerla reconocible a todo el mundo. Ahora que he decidido, supongo que en un cla-

ro ejercicio de vanidad senil, contar mi vida, también he decidido buscar a un buen escritor... en fin, no sé si entiendes lo que quiero decir.

—Sí, sí, perfectamente y gracias por lo de buen escritor —dijo David ligeramente sonrojado—. De todas formas, antes de retirarme a descansar me gustaría plantearte un par de cosas.

—Dispara.

—Bueno mi forma de trabajo es tipo entrevista, te iré haciendo preguntas siguiendo un cierto orden cronológico y grabando la conversación. Por supuesto, tú puedes decir lo que quieras o incluso hablar de cosas que no tengan que ver con la pregunta.

—Bien —asintió Cosme.

—Pero hay algunas vivencias, algunas preguntas... —señalo David con cierto embarazo— que pueden ser especialmente delicadas y quizás muy dolorosas el recordarlas...

—Ya, ya sé lo que quieres decir —le interrumpió Cosme—. ¡Mira!, lo de mi primera mujer y mi primer hijo sucedió hace más de treinta años, mal estaría si no lo hubiese superado a estas alturas, así que siéntete libre para preguntarme sobre lo que creas conveniente. Al igual que al pintor que me hizo el retrato no le dije como tenía que hacer su trabajo, tampoco lo haré ahora.

—Una última cosa. Me gustaría tener tu permiso para entrevistar también a tus personas más allegadas. Tu mujer, tus hijos, tus amigos, el servicio incluso. A veces, se descubren anécdotas interesantes que pasan desapercibidas.

—Ya te dije, tienes carta blanca absoluta y te diré otra cosa más. Me caes bien. A pesar de que hoy es la primera vez que nos conocemos en persona, contigo me siento a gusto, creo que me comprendes y me transmites una cierta sensación de seguridad, es una sensación rara, es como si te hubiese conocido antes.

—Bueno, el sentimiento es mutuo —respondió David con un nuevo sonrojo.

Wenceslao apareció de repente y se ofreció a conducirlo a su habitación.

—Va a estar instalado en el cuarto rojo, ya le han llevado allí el equipaje —dijo guiándolo por el brazo derecho de las escaleras.

Al llegar al primer piso, el voluntarioso Wenceslao acusó la cuesta y se demoró unos segundos cogiendo aire. David le adelantó impasible y se adentró en el pasillo de la derecha. Inconscientemente abrió la tercera puerta del pasillo y entró en una antesala tapizada de rojo.

—¿Cómo sabía que esa era la puerta del cuarto rojo?—inquirió sorprendido el mayordomo que intentaba seguirlo con zancadas más cansinas.

—¡Tiene gracia! —exclamó David con sincera estupefacción—. ¡Qué casualidad!

—Usted nunca había venido aquí antes —aseguró un escéptico Wenceslao con su tono agudo de voz—. ¿Es adivino acaso?

—No, no, qué va, le puedo asegurar que ha sido algo inconsciente... no sé.

—Esta es la antesala del principal cuarto de huéspedes —dijo el mayordomo recuperando la respiración completamente—. Le hemos instalado ese ordenador y en la mesa encontrará todo tipo de material de oficina, si se nos ha olvidado algo no tiene más que pedirlo. Sofá y sillas para sus visitas, armarios y la puerta al cuarto principal —reparó antes de introducirse en la sala conexas—. Esa chimenea que ve usted ahí funciona a la perfección. Bueno, ahora en verano lógicamente no se usa. La *Vieja Indiana* tiene un total de ocho chimeneas, esta es una de ellas —señaló adoptando un papel más de guía turístico que de mayordomo—. Los cuadros que cubren las paredes los pintó doña Beatriz, la primera mujer de don Cosme; como puede ver era una gran pintora. La sillería es estilo imperio y en esta cama —dijo posando su huesuda mano sobre una cama de metal dorado con dosel— han dormido entre otros, el Príncipe de Gales, un secretario de Estado americano, algunos presidentes iberoamericanos, varios ministros españoles...

—Y todo eso para que acabe durmiendo aquí un poeta —le interrumpió divertido.

—Bueno, si me necesita para algo ahí esta el timbre —dijo ignorando el comentario y señalando un interruptor sobre la mesilla izquierda antes de desaparecer discretamente.

Al quedarse solo, David le dio vueltas a lo que acababa de suceder. Se había dirigido de manera inconsciente, casi instintiva a la puerta co-

rrecta. Quizás ya hubiese estado en aquella casa aunque no lo recordase. Pensó que cuando niño y antes del accidente de coche que le costó la vida a su madre, solía viajar mucho con ella, normalmente viajaban los dos solos pero a veces también se sumaba Arturo, su padre. Quizás éste, que hasta su jubilación había sido funcionario del Ministerio de Hacienda, conoció a Cosme por razones profesionales y el viejo tiburón, que tenía todas las trazas de ser un individuo generoso, le habría invitado a la *Vieja Indiana* siendo él pequeño, de tal forma que su memoria inconsciente tuviese grabadas algunas imágenes del lugar. O quizás, dedujo finalmente, fuese todo fruto de la casualidad.

David dejó de pensar en aquello, corrió las cortinas de un balcón y una ventana que daban al jardín, se desnudó y se metió en la aparatosa cama para intentar dormir una pequeña siesta. La noche anterior había descansado poco preparando toda la documentación que necesitaba para este trabajo, al fin y al cabo, el proyecto más importante al que se había enfrentado hasta ahora y que, de salir bien, podría catapultarle a un estrellato literario que le garantizase una autonomía creativa de la que carecía.

David apenas pudo dormir, se mantuvo en esa frontera entre el sueño y la vigilia, acosado además por extrañas y vagas imágenes. Vio una playa de abruptos acantilados y majestuosos arcos que el viento y una persistente erosión añeja habían esculpido en rocas de pizarra, también vio a una señora de pelo castaño; estaba de espaldas sentada sobre una piedra e inclinada sobre una poza de agua salada jugueteando con un cangrejo. David no le podía ver la cara. Se acercó a ella, la señora estaba azuzando con el palito al cangrejo que se defendía blandiendo sus pinzas, al llegar a su altura la mujer se olvidó del cangrejo y giró la cara para mirarle. Era una persona joven que posiblemente no hubiese pasado la treintena, tenía la tez pálida, la cara chupada, la nariz ligeramente respingona, los ojos claros, los labios pequeños y una diminuta barbilla. Se le antojó demasiado delgada y casi enfermiza, pero pese a esa apariencia anoréxica transmitía una suerte de cariñosa amabilidad. Ella le miró a los ojos y le sonrió. La imagen se difuminó y en su lugar apareció una puerta. Alcanzó a empuñar el picaporte aunque le quedaba bastante alto y la abrió. Entró en una enorme cocina. Tres mujeres, con de-

lantales de color crema, trabajaban ajenas a su presencia hasta que una de ellas, la más joven, se fijó en él.

—¡Espera nenito! Tengo algo para ti —le dijo con un marcado acento gallego.

Aquella enigmática persona se dirigió a una alacena de color blanco, abrió una puertecita de cristal y en una estantería en la que estaban situados cinco finos y voluminosos frascos de sargadelos antiguos, cogió el de color azul cobalto situado en la esquina. La joven cocinera destapó el frasco, sacó un bombón suizo envuelto en un papel metálico de color rojo y se lo alargó con una sonrisa. David se fijó en ella. Tendría unos veinticinco años, pelo rubio, bajita pero corpulenta, más bien tirando a gruesa, la cara redonda, la nariz ancha, los ojos verdes y una gran verruga bajo el lóbulo izquierdo. Se escuchó a sí mismo darle las gracias con una voz irreconocible y abrió nuevamente la puerta para salir de la cocina. Sin embargo, no pudo avanzar, de repente le comenzó a faltar el aire, como en sus sueños infantiles notaba una creciente presión en la garganta, se vio luchando desesperadamente por conseguir unas bocanadas de oxígeno que no llegaban, finalmente despertó.

David se sentó en la cama jadeante y visiblemente conmocionado. Estaba aturdido y sudoroso. No entendía por qué se había reproducido aquella sensación de asfixia largamente olvidada, ni qué significado tenía ese extraño sueño que se le antojaba de un realismo inquietante. Aunque las dos personas que aparecían en esa visión, entre onírica y alucinada, le sonreían, presentía que se había adentrado, siquiera levemente, en un mundo lúgubre y oculto, totalmente ajeno a sus creencias más íntimas.